

Leñeros Orureñas

Adolfo de la Quintana Nieto



Adolfo Enrique De la Quintana Nieto, (1912-1988). Narrador y columnista del diario LA PATRIA de Oruro, egresado de la Facultad de derecho de la Universidad San Agustín de Oruro. Industrial minero. Como periodista, trabajó en los semanarios humorísticos: "Sobrino del Tío Pepe", y "Don Dicaz". En el periódico LA PATRIA mantuvo por muchos años, su columna de sátira social y política "Banderillazos", firmada con el seudónimo de "Manolete". En 1969, obtuvo importante premio en el Concurso de Cuento Folklórico, organizado por el Comité Departamental de Etnografía y Folklore de Oruro, por su trabajo: "Así fue...". La Compañía de Celso Peñaranda, puso en escena su obra teatral: "Sangre, Arena y Amor". Mucho antes de dejar de existir, anunció la publicación de su obra de carácter histórico-social: "Festín de Buitres", obra que sensiblemente, ha quedado inédita hasta la fecha. En reconocimiento a sus méritos, el gobierno Municipal de Oruro, le otorgó la condecoración "Escudo de Armas", en el grado de Servicios Especiales.

Así fue...

Y el Chiruchiru, entró en su cueva, anhelante, fatigado por la huida, encendió el mechero que lo tenía colgado de las grietas de la roca y al darse luz, crecían y bailaban las sombras. El hombre se sentó sobre una piedra que le daba descanso, y metiendo una mano entre la camisa extrajo algo que brilló a la luz, eran unas cuantas joyas.

El ladrón sonrió al ver satisfecha su havana y las bombas se contrajeron. Un algo extraño sintió que le corría por las manos, entonces subió ambas a la tenue luz del mechero que ardía crepitando su sebo y las contempló en las palmas y en el dorso, admirándolas, reverenciándolas, interiormente, porque esas manos eran las que le sostenían desde que apareció en el mundo, creció en la calle y muy cuaternariamente su hogar era una oquedad en el cerro del "Pie de Gallo", hasta que el viento llegaba para entumecerlo de frío, porque en ese silo maloliente sólo una menducencia de barapos se encontraba por doquier.

El Chiruchiru ni idea tenía de la vida de relación, para él, el prójimo era un lobo, un enemigo al que había que atormentarlo robándole. El delincuente no tenía remordimiento, nada se le acumulaba en el entresijo de su conciencia.

Cuando el ángelus llegaba a la naciente ciudad, extendiendo las sombras, la campana de una iglesia hacía vibrar el ambiente hasta disolverse en la atmósfera, y desde aquella hora indecisa de la eterna lucha entre la luz y las sombras, la pupila malviviente asomaba al barrio que crecía, y en su espíritu también se entablaba una otra lucha en la que triunfaba el mal, siempre el mal, el robo, la piratería y el atracó.

La pocilga era su mundo para el Chiruchiru, y en ella cumplió con todas las necesidades de su animal existencia, en la que sólo la intuición trazaba la estrategia del delito en complicidad con la soledad de todos los barrios.

Más, una noche el hampón salió a deambular sin rumbo cierto, llegó a la Ranchería por Conchupata, su instinto lo empujaba a la fechoría, sin encontrar nada donde enganchar la ganza de sus diestros dedos, entonces sintió una especie de tristeza en el alma, era la nostalgia que le atacaba por la falta de acción.

Volvía el Chiruchiru de su caminar entre tinieblas casi orientándose por el olfato, cuando sus oídos percibieron un chirriar de carreta, torció una esquina y la luz le encandiló dejándole como clavado muy cerca del Altílo, pues un carrutón de fuego infernal le pasó casi rozando sus calzadros de miseria y subió lleno de furia endiablada hacia el socavón, ante el dantesco espectáculo el Chiruchiru, sintió por primera vez, miedo, terror, quizá pánico, y pudo, arrastrando sus pies, llegar a la iglesia que se alzaba en una extensión libre, espacio en el que dormían las llamas que desde el amanecer transportaban "llampus" y mineral, haciendo el progreso minero de Oruro, que fue su definitivo trabajo en incesante afán de progreso. El Chiruchiru temblaba y cogiendo el aldadón celestístico de la puerta de la Iglesia, lo golpeó con inusitada violencia.

Ave María Purísima, ¿quién va ahí? Voces el sacristán, que llevaba un candil entre las manos.

¡Ábreme, el diablo está allí, el diablo está allí. Padrecito, clamaba desesperado el poseído.

El sacristán abrió y llevó la llama hasta el rostro de quien pedía socorro de la Iglesia, y el hombre pudo percibir una cara curtidá por el dolor y la intemperie, surcada de pelambre, sucia de tierra y sudor.

¡Quieres confesar tus fechorías. Es tarde Chiru, vuelve mañana a misa, los padres están sirviéndose su soconusco y no se los puede llamar. Vuelve mañana.

Y cuando así le cerraba la puerta de la casa de Dios, un anciano

cura apareció de milagro

-Nunca se cierra la puerta a quien pide hospedaje. Dios no rechaza al peregrino. Y reconociendo al personaje, continuó.

-Tarde te llega tu arrepentimiento Chiru. Entra, salva tu alma de pecados, Dios quiere escucharte.

El malhechor estaba ausente a la palabra del santo, y le respondió como pudo:

-Yo vi al diablo que fue a mi cueva y estoy para enloquecer.

-Estás poseído del demonio Chiru tiene que adjuvar de tu pasado y vivir amando al prójimo, respetando la ley.

Mientras tanto el belitre no escuchaba sino el ruido del carro infernal y no veía sino al diablo conduciéndolo. Esa noche el Chiru durmió en el rincón de uno de los altares en el que infinidad de cirios lloraban, mientras que otros alumbraban plenos para morir después y prolongarse en espiral de humo y desaparecer como el espíritu de los muertos.

En ese estado de somnolencia el Chiru reflexionaba sobre la vida y la muerte, y las velas le estaban dando una gráfica demostración filosófica; la vida era una llama, era fuego, para después apagarse y morir sin remedio. Embebido en estos pensamientos que no le vinieron nunca, el Chiru escrutaba momento a momento, el rostro macilento de un crucificado cuyos colores cambiaban a medida que los cirios elevaban su lengüeta de fuego, y a instantes el crucificado parecía moverse, contraer sus músculos, sufrir; sus ojos brillaban y no se apartaban del Chiru, pues donde iba, esos ojos buenos, esos ojos minus los seguían como su destino; hasta que una quietud de paz sumió al bellaco en sombras.

Desde Calacala el sol alumbró el Pie de Gallo, y en la torre de la Iglesia las campanas comenzaron su baile mutual, era el primer viernes de un mes de marzo. Los vecinos se encaminaron a la iglesia, contritos, piadosos. El cura recordó del Chiru y los buscó. El hombre había desaparecido. Entonces el cura en plática cordial después del Evangelio, narró lo sucedido por noches como una revelación de Dios contra el pecado, y un coro de voces fue la respuesta. Era cierto lo que el Chiru divisó horas antes, pues todos los muros habían visto el carro infernal cuando se encaminaban a sus labores mineras. Y desde aquel día el rumor ganó los límites del Departamento.

¿Será el tío? ¿Quizá el anchancho? Las lenguas no se dieron reposo. Hasta que un viejo español que era laborero en las minas de San José, resolvió el problema con lógica concluyente.

-No es el tío, no puede ser, ya que el tío debería presentarse en la mina y no emerger de la ciudad e ir a la mina. Es el diablo, el prete rinde conquistarnos, concluyó.

Todos los mestizos lo aprobaron. Había que conjurar al diablo en su camino, vencerlo con los emblemas y signos de la santa religión, de ahí que los habitantes de la Villa no se dieron reposo hasta empujar en una casa céntrica del poblado una cruz verde. El Chiruchiru que ya era un creyente fervoroso fue el que ofició de albañil y un sentimiento unánime por aquel acto se alzó espontáneo entre todos. El Chiruchiru se reintegraba así a la sociedad, sus manos se pliegan para la oración.

Pero el destino es el que nos marca la ruta, nuestras vidas están predeterminadas por esa fuerza misteriosa que desde el primer instante, nos persigue hasta volver a reintegrarnos a la tierra, por eso es que el Chiruchiru no había vuelto a su madriguera desde que especió el paso del carro de fuego por el Altílo, pero una noche de tormenta ululante se encaminó al Pie de Gallo, el agua de la lluvia le chorreaba por la cara, y a cada momento pasaba los dedos abiertos de su diestra por la hirsuta pelambre de su cabellera. Una ráfaga de viento le quitó un pedazo de los girones de su chaqueta y le dejó el torso desnudo, una mano sólo le quedaba de lo que fue aquella prenda, y llegó a la oquedad que tantos años le cubriera del viento, el frío, la lluvia y del afán vengativo de la gente que todo lo culpaba porque era un desposeído, un malviviente, un enfermo de miseria crónica; por eso lo perseguían algunos que también a él, deseanban robarse lo robado,

para establecer así ese ininterrumpido intercambio social.

El Chiruchiru, entró en su madriguera y al fondo divisó una luz entre las sombras; una agitación desconocida hizo que su pecho se hinchara y paralizara la respiración. Entonces, finalmente, cuasi de cucillas, pegándose a la roca comenzó a caminar y vio lo que ya había sospechado.

Comodamente instalado pichando un bollo de coca, y fumando con intermitencias se encontraba el Tinini, un delincuente de nutrido historial, prófugo de la justicia, un demente para el que a única razón de su existencia consistía en matar...

El Chiru en su avance -Oh desgracia- hizo caer menudas piedras, y el oído afinado del bandido paró de inmediato las orejas y se incorporó dispuesto a la lucha. El Tinini por el olfato percibía que alguien lo acorralaba. Arrojo furioso su cigarrillo contra la roca y unas chispas se esparcieron un instante. Entonces, el Chiru logró ver la fosforescencia de esos ojos que lo hipnotizaron y lo perdieron. Y con un vozarrón cavernícola el Tinini, indagó a las sombras.

¿Quién va? Quién está aquí. Gritó subiendo su furor, avanzando desafiante y decidido.

El Chiru se heló, y el Tinini extendió los cabellos del Chiru. De su boca sólo escaparon blasfemias. El Chiru en su desesperación, con una fría piedra que así le abrió una herida en el brazo del Tinini y la sangre comenzó a fluirle quemante. Entonces ya no había nada de prevenir para el Chiru sino pelear hasta el destroz, y su piedra que, era un puñal en ciernes, abrió una boca en el negro pecho del Tinini y ante el baho de su sangre reanó la fiere. Los hombres rodaron por el suelo, jadeantes, mal heridos, las manos de ambos estaban pegajosas por la sangre que ahora manaba de los dos hombres en pelea. El mechero consumió el sebo y se apagó, entonces la oscuridad fue completa. Afuera la tormenta arreciaba y a ratos una luz azulena penetraba a la cueva como para solazarse de la gresca y obtener una fotografía, con el flash del relámpago. Hombres y elementos estaban desbordados, era el día de la Encarnación.

El Tinini al fin, después de consumir toda su bércelea energía en la pelea convirtió al Chiru en una piltrafa, la mano que le atenazaba la garganta se retiró luego de sentir palpitación dejándolo por muerto.

Afuera rugía la tempestad y los barreos de los rayos caían sobre la cresta del Pie de Gallo, talandrando rabiosos, incesantes. Parecía que el anuncio fin del mundo había llegado. El Tinini se estremeció en la puerta de la cueva y quedó deslumbrado, enloquecido, ante la ira y el retumbar del trueno que sacudía la base misma de la tierra. Al homicida le alumbró también un relámpago a su ennegrecida conciencia y volcando la vista, volvió a verlo al Chiru con la vida que se le escapaba en prolongados suspiros que más eran ayes de dolor por sus heridas. Y sucedió lo terrible. El fuego cósmico de los rayos, partió el cerro en dos mitades con un estruendo de cataclismo; el Tinini enajenado buía de su conciencia y de la tempestad, perdiéndose por siempre en un enorme boquete que se abrió para engullirlo.

En la cueva menesterosa, el Chiru acezaba inconsciente, vencido. A la mañana siguiente, una extraña sensación le prestó fuerzas para alzarlo, y contempló atónito la cueva transformada por el cataclismo, mientras que allá en el hueco de la roca, una mujer morena, le sonreía dulce, suave, misteriosamente. El Chiru quiso alzarse de su manto; pero era algo inalcanzable, pues estando allá, estaba lejana, y el Chiru en su homenaje le brindó su aliento, le entregó su vida (*).

La Villa se transformó en ciudad, y sus habitantes devotos y pendientes desde un antruco lejano se indumentaban como el diablo aquel que corría la Ranchería, conchupata y el Altílo, y se perdía en las oquedades, del barrio del Socavón.

(* La Virgen del Socavón, en su honor se celebra el famoso Carnaval Folklórico de Oruro.

